



después el estilo de la epopeya caballeresca en su larguísima composición titulada «Eneit» (Eneida), y Hartmann de la Aue procuró comunicar á este estilo la mayor gracia (*zierheit*), deseoso de que alcanzase el más alto grado de favor, para lo cual publicó su «Erek» y su «Iwin». No obstante, dos contemporáneos y adversarios, el caballero franco Wolfram de Eschenbach y el maestro alsaciano Godofredo de Estrasburgo, elevaron á su apogeo la epopeya caballeresca alemana; el primero se distinguió como idealista entre los alemanes de la Edad media; el segundo como positivista; pero ambos fueron hombres de genio y cada cual á su modo consumados poetas. Wolfram transformó en su «Parzival» la tradición romana del Gral y de Arto en una poesía alemana, que por su grandiosidad y profundo sentido sería única en su género en toda la Edad media, si cien años más tarde no hubiese escrito Dante *La Divina Comedia*. El poeta alemán quiso dar forma poética en su gran epopeya á la idea de la



DANZA CORTESANA

caballería en su acepción más sublime; y he aquí porqué su «Parzival» es una especie de Fausto que, instigado por la duda, va en busca de aventuras por el mundo de la religión. Por primera vez en tierra alemana púsose en boca de Wolfram, la pregunta acerca del objeto de la existencia, la utilidad de la vida humana, y la heroica lucha del espíritu alemán, pregunta formulada en el «Parzival» y que respira una grandeza verdaderamente trágica.

Con la interesantísima tradición amorosa celta de Tristan é Isolda, Godofredo escribió un poema de gran valor literario, pero que desgraciadamente quedó sin concluir: la seductora galanura de su estilo, su elegancia y claridad forman singular contraste con el lenguaje confuso y con frecuencia un poco pesado de Wolfram. Godofredo, poeta alegre que siempre busca las situaciones más felices de la vida, hace una marcada oposición al sutil filósofo. El más hábil «conocedor de los corazones» en su época sabe descubrirnos los secretos senderos del laberinto de las pasiones humanas, y en alas de su genio condúcenos al mundo palaciego. La belleza de sus figuras características, revestidas á veces de un ligero tinte de ironía, no tiene igual en la Edad media, y su crítica mordaz sobre las ordalías, nos revela una libertad de espíritu, verdaderamente asombrosa en un poeta que escribió á principios del siglo XIII. Pero el que quiera conocer la ingenua gracia con que Godofredo sabe pintar el sumo placer del amor satisfecho, debe seguir al caballeresco Tristan y á la rubia Isolda á su refugio en la soledad; ni «Frau Aventure» (la señora Aventura ó la poesía caballeresca), ni poeta alguno, antiguo ó moderno, ha inventado ó descrito cosa más graciosa que esta pintura, brillante cual las gotas de rocío iluminadas por la aurora en el solitario seno de la naturaleza.

Junto á la parte cortesana de nuestra epopeya de la Edad media, brillaba otra nacional, debida á la circunstancia de que el corazón del pueblo había conservado fielmente durante siglos enteros las tradiciones heroicas de la patria: á no ser así el antiguo mundo fabuloso no hubiera podido salir de repente, en los siglos XII y XIII, de la oscuridad á que le había relegado la pretenciosa cultura eclesiástica romana. La época de los Hohenstaufen despertó también á las masas, con poderosa fuerza, del profundo letargo en que yacían, y entonces quisieron tomar parte á su manera en el movimiento intelectual del siglo. La poesía influía igualmente en el pueblo, mas para excitar un verdadero interés debía producir otros acordes que no partieran del extranjero ni de la nobleza, como por ejemplo aquellos celta-romanos tan requeridos en los castillos. El pueblo necesitaba un alimento poético más saludable y conforme con su clase para recrear la fantasía y el corazón, y guiados por un sábio instinto, sus bardos, sus cantores, y los juglares ambulantes recogían de la tradición oral los asuntos nacionales en que la imaginación del pueblo había trabajado silenciosamente de generación en generación. Delante de las puertas de los templos en las romerías, en las ferias de las ciudades, y á la sombra de los tilos, los aldeanos volvían á entonar los antiguos cantos heroicos, acompañándose con violines, cantos en que nuestro pueblo había encerrado los recuerdos de sus tiempos primitivos y de la inmigración.

El antiguo y frondoso bosque de las tradiciones alemanas empezaba á susurrar poderosamente y de su sombra surgían las gigantescas figuras de Sigifredo, de Hagen, Dietrich, Hildebrando, Hsan y Wate, que penetraron en el círculo cortesánamente ataviado y embellecido por los caballeros de la Tabla redonda del rey Arturo y sus damas.

El renacimiento poético de las leyendas heroicas alemanas no permaneció mucho tiempo exclusivamente relegado á cantores y auditorios populares; sus relatos tuvieron también oyentes en los castillos feudales y en los palacios de los príncipes; y hé aquí cómo los poetas de la escuela cortesana recogieron á principios del siglo XIII las antiguas tradiciones patrióticas, y formaron en mayor escala una colección de los cantares, componiendo las epopeyas obtenidas de este modo según las reglas del arte caballeresco romántico. Así se explica la forma adquirida por los diferentes ramos de nuestra tradición heroica nacional durante el apogeo del romanticismo cortesano.

Cierto que los compositores palaciegos de estas poesías no eran ni con mucho bastante despreocupados para llevar á cabo su tarea en el antiguo estilo nacional, si bien volvían á usar asaz correctamente el primitivo arte métrico nacional, es decir los versos largos, opuestos á los pareados cortos de que se hacía uso en la epopeya cortesana. No es ménos cierto también que trataban sus asuntos con cierta libertad romántica, oscureciendo la pureza del tema con elementos extranjeros de carácter caballeresco; mas á pesar de ello, la fuerza primitiva propia de la tradición nacional les obligaba á respetarla en los puntos principales. Además, algunos de los ciclos fabulosos han tenido compositores que sin duda poseían altas dotes poéticas; tal favor merecieron en particular nuestras magníficas epopeyas que en su conjunto componen el «Gran libro de los héroes,» el canto titulado, *Peligros de los Niebelungen* y el de la *Kudrun*, designados oportunamente como la Iliada y la Odisea alemanas. El canto de los Niebelungen, sobre todo, nos demuestra en su forma actual los muchos cambios y ampliaciones del antiguo mito primitivo de Sigifredo, con el cual se han reunido aquí las tradiciones de las tribus de los borgoñones, hunos y ostrogodos. En la literatura universal figurará sin duda como la epopeya más original, extraordinaria y gigantesca que jamás produjo un pueblo, desde que Homero escribió la Iliada. Créese oír en ella el estrépito de las armas durante el período de la emigración de los pueblos. Grandiosa en su plan, magnífica en su ejecución, de una moral elevada que como el rayo ilumina las profundidades del corazón humano, pregona de un modo conmovedor el predominio de Némesis en la historia universal. Mas ¿quién fué el hombre que poco ántes ó después de 1210 dió su actual forma á nuestra epopeya nacional, y á quien, como dijo Goethe, todo el mundo debería conocer, para recibir directamente en su alma las impresiones, según la medida de sus facultades? Nadie lo sabe; todos los esfuerzos hechos con el fin de descubrir y glorificar al poeta de *Los Niebelungen* dieron siempre resultados muy problemáticos: la obra existe, pero su autor ó autores siguen siendo desconocidos.

La sociedad que pudo producir una literatura como la que acabamos de bosquejar, debió haber alcanzado necesariamente un alto grado de cultura, y hasta el más superior que era dado obtener bajo el imperio de las ideas de la Edad media; pero este florecimiento intelectual sufrió la suerte de todas las cosas humanas: pasó. Desde el siglo XIV, el mundo caballeresco romántico decayó más y más rápidamente, y con él perdióse su literatura. La epopeya cortesana desapareció en la enojosa y obscena prosa de la novela caballeresca, y la epopeya popular en la de la novela del pueblo, que no ménos grosera y torpe, alcanzó boga durante siglos enteros en nuestros «Libros populares,» compuestos en gran parte con las tradiciones nacionales y cortesanas.

El canto amoroso caballeresco, degenerando en la copla del pueblo, se oyó en boca de los